



che de reyes, de la que se cita un verso). Y en los trajes elegantes, la agilidad de los diálogos, la importancia de los secundarios o el atolondramiento de algunos personajes masculinos (Adam o el señor Paladin) recuerda a algunas altas comedias de George Cukor o Howard Hawks. Las elipsis y las coincidencias y equívocos hacen pensar en las de Lubitsch. Pym juega también con un elemento presente en las comedias de enredo y en la tradición popular: el azar. La segunda parte, donde la acción narrativa se dispara, parece la versión en comedia romántica de *Cita en Samarra*; aquí, Cassandra decide ir a Budapest para escapar de Up Callow, de las atenciones que le exige su marido y de su pretendiente húngaro, a quien se encuentra en el tren nada más subirse: él también va a Budapest.

La intención paródica es más que evidente, tanto en el retrato del escritor, Adam, como en el del cómodo aburrimiento que supone el matrimonio, por feliz que sea: «Cassandra convino en que el matrimonio era sin duda una bendición, aunque a veces uno podía hartarse hasta de una bendición», escribe Pym. «Cassandra suspiró. A estas alturas debería haberse dado ya cuenta de que nunca se le permitiría ser otra cosa más que una mujer afortunada». Del escritor dice: «Sus admiradores, los vecinos de Up Callow, lo describían con orgullo como un novelista filosófico; y un poco más adelante: «Era un hombre vanidoso y valoraba en particular su reputación en Up Callow, porque en realidad era la única reputación que tenía». Las virtudes de sus novelas, según el rector, no están en «ideas expresadas en ellas, que sonaban vagamente *wordsworthianas*», sino en que «eran aptas para que las leyeran sus hijas».

En realidad, con una sutileza enorme, de lo que Barbara Pym está hablando es de la falta de pasión en Adam. Hay más pistas a lo largo de la novela que reunidas dan la clave: *Extranjeros, bienvenidos* es una novela sobre un matrimonio estancado por la falta de sexo. La insatisfacción de Cassandra tiene que ver no tanto con los paseos interminables de su marido, las siestas después de copiosas comidas, o el deseo de ser madre. Apenas dicho entre líneas, Cassandra quiere tener hijos, pero, sobre todo, quiere intentarlo.

UNITED NEWS / POTTERFOTO

**NA RRA TIVA** Guillermo de Torre tuvo en mente la redacción de unas memorias y llegó a componer un índice e imponerle un título. Pablo Rojas los ha utilizado ahora, en la editorial Renacimiento, para alzar, con textos de diversa procedencia, algo parecido a las memorias que Guillermo de Torre no escribió. El libro es, naturalmente, un espejismo, pero resulta a menudo deslumbrante y recupera la figura de un gigante.

Guillermo de Torre sacaba su glotonería literaria en la Biblioteca Nacional. En algún momento se dio cuenta de que no merecía la pena repetir lo que ya había sido escrito, de donde le diera prevalencia a lo nuevo frente a lo bueno: tuvo la suerte de que justo por entonces Vicente Huidobro llegaba a Madrid, Rafael Cansinos Assens se hacía apóstol de lo nuevo y Ramón Gómez de la Serna abandonaba el barroquismo de sus primeras producciones para convertirse en una fábrica de greguerías «y poesía desinteresada».

Con poco más de 20 años y después de participar activamente en el movimiento ultraísta, Guillermo de Torre publicó dos libros: uno, *Hélices*, recogía sus ejercicios vanguardistas, y otro, *Literaturas europeas de vanguardia*, juntaba ensayos sobre los movimientos de avanzada. Es un tomo inverosímil si se recuerda que el autor no alcanzaba la treintena, había viajado lo justo, y sin embargo había probado la eficacia de los servicios postales consiguiendo enterarse de cuan-

## GUILLELMO DE TORRE

### Un espejismo de memorias

Pablo Rojas reúne los textos escritos como el esqueleto de la autobiografía que nunca llegó a acabar el autor

POR JUAN BONILLA

ta publicación vanguardista había sido impresa en cualquier parte de Europa. No hay ningún otro idioma en que se escribiera un libro semejante, tan informado, tan afirmativo: no es exagerado decir que es una de las pocas obras maestras de la crítica literaria española, con la única pega de que los ensayos sobre expresionismo, dadaísmo, ultraísmo y futurismo a menudo resultan más apasionantes que las producciones poéticas de esos ismos.

El ultraísmo duró poco, fue el propio Cansinos quien

talló su lápida en forma de novela (*El movimiento V.P.*), tan lírica como zumbona, la mejor de las que escribió y en la que Guillermo de Torre aparecía reducido a caricatura. En *Tan pronto ayer*, De Torre no se lo tiene muy en cuenta y al recordar a Cansinos se pregunta cómo es posible que alguien que lo era todo en la literatura española de los años 20 hubiera caído en el más completo olvido.

Durante mucho tiempo, De Torre trató de esquivar las ansias por volver al ultraísmo y contar qué fue, porqué nuestro único arpegio vanguardista se borró sin que suscitara la menor atención académica. Pero siempre avisó de que una operación de política literaria muy calculada fue la que condujo a la insignificancia al ultraísmo. Le echaba la culpa a Gerardo Diego, a la batuta de una Generación del 27 que supo aprovisionarse de las conquistas ultraístas, de sus intenciones modernizadoras y su levedad deslumbrante, para conquistar el sitio que los ultraístas no retuvieron.

Para De Torre, el hecho de que la mayoría de los poetas ultraístas fuera gente sin estudios, a los que les pilló aquella marea como una fiesta, jugó contra ellos cuando un grupo de poetas mejor formados académicamente, con potencia universitaria y conciencia de tradición, acaparó la actualidad gracias a la fuerza de la *Revista de Occidente*, al magisterio de Juan Ramón y

a la publicación de sus libros en editoriales de alcance. Ahí estaban Salinas, Guillén, Alberti, Lorca —al que admiró como a ninguno. Y ya en los años 30, cuando toca hacer historia, ahí viene Gerardo Diego en plan seleccionador nacional, y a pesar de su pasado de ferviente vanguardista se olvida de los principales poetas del movimiento ultra.

De Torre extendió sus alas críticas en otros ámbitos como secretario de redacción de *La Gaceta Literaria*, en España, y miembro de la redacción de *Sur*, en Argentina, adonde se trasladó con Norah Borges. Siguió escribiendo mucha crítica, pero ya virado hacia lo académico.

Aquí se recopilan sus impresiones personales sobre Juan Ramón, Ramón, Baroja, Dalí, Vallejo, Lorca, el Borges ultraísta. Pero la verdadera labor ingente que De Torre hizo en Argentina la ejerció como editor en Losada. Allí se propuso en 1938, compilar las *Obras completas* de Lorca, y más adelante cometió el error de decirle que no a un incipiente García Már-

quez. La magnitud de su labor como editor es incuestionable. Aunque en el índice en el que cifró el esqueleto de sus proyectadas memorias había un capítulo dedicado a su experiencia como editor de Losada, nada ha quedado de él y es uno de los huecos más trágicos de esta extraordinaria compilación que busca reconstruir un libro nunca escrito.

**TAN PRONTO AYER**  
**GUILLELMO DE TORRE**  
600 págSs. Renacimiento. 24,90 euros



De izqda. a dcha., Jorge Luis Borges, Sergio Piñero, Carlos Mastronardi y Guillermo de Torre, en 1927.